



AL PASO TRISTE DE LA PAZ

Pedro Arbeo

AL PASO TRISTE DE LA PAZ



Primera edición: abril 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pedro Arbeo

ISBN: 979-13-88195-42-6

ISBN digital: 979-13-88195-43-3

Depósito legal: M-9680-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. «La guerra ha terminado»: comienza la triste paz	11
CAPÍTULO 2. Filiberto: regreso a Burgos y cárcel	33
CAPÍTULO 3 ¡Adiós, teniente! La nueva vida de Miguel Domínguez	51
CAPÍTULO 4. La malversación y la rapiña no entienden de ideologías	71
CAPÍTULO 5. Represión económica en la guerra y en la paz	83
CAPÍTULO 6. Tráfico ilegal de todo; también de objetos y obras de arte.....	107
CAPÍTULO 7. Se estrecha el círculo.....	129
CAPÍTULO 8. Por encima de todo perpetuarse como dictador	145
CAPÍTULO 9. Amor y tragedia en tiempos de venganza y represión.....	175

CAPÍTULO 1

Madrid, marzo de 1939

En la primera semana de marzo de 1939, encabezado por el coronel Segismundo Casado, junto a otros militares, entre ellos el general José Miaja, quien presidiría el Consejo, se produjo un golpe militar en Madrid, contra el Gobierno presidido por Juan Negrín. Azaña, presidente de la República, ya se había marchado a Francia, y dimitido de su cargo. El Consejo Nacional de Defensa se constituyó a los efectos de sostener un gobierno provisional y las funciones del Estado republicano y negociar con el bando de Franco el fin de la guerra. El Consejo lo integraba: Julián Besteiro y Wenceslao Carrillo (PSOE); Antonio Pérez Garcés (UGT); Miguel San Andrés (Izquierda Republicana); José del Río (Unión Republicana) y Eduardo Val y Manuel González (CNT).

El Consejo Nacional pretendía, que ya era mucho, no solo el cese de la Guerra Civil, sino también, que no era poco, el compromiso por parte del otro bando de que finalizada esta imperase el perdón y la inmediata reconciliación entre los españoles. Como finalmente pudo comprobarse, Franco no respetó el compromiso.

Este nuevo acto de insurrección en territorio republicano triunfó. Pero, ya en los primeros momentos las tropas comunistas se levantaron contra el Consejo Nacional, enfrentándose en Madrid a batallones anarquistas que, al mando del líder cenetista Cipriano Mera, que apoyaba sin fisuras al Consejo, llegaron desde Guada-

lajara a la capital de España. Este enfrentamiento armado dentro de uno de los dos bandos no fue ni mucho menos el primero en territorio republicano a lo largo de la contienda, y causó miles de muertos y una desquiciada situación que en pocos días controló el Consejo Nacional de Defensa, y que le permitiría llevar a cabo su petición de negociaciones de paz, «entre militares», con el bando franquista.

El día veintiocho de marzo, conforme al acuerdo alcanzado en su momento entre los representantes de Franco y los del republicano Consejo, se posibilitó que las tropas franquistas tomaran Madrid, sin oposición alguna. La muchedumbre les aclamó y les recibió alborozada con el mismo grado de entusiasmo experimentado poco menos de dos meses antes en Barcelona. Pensaba una gran mayoría del pueblo de Madrid, que estas tropas les liberaban del terror y la muerte, pero se equivocaban.

En la posguerra el poder de Franco era absoluto: caudillo, generalísimo de los ejércitos, presidente del Gobierno, jefe del Estado, jefe supremo del partido único Falange Española Tradicionalista y de las JONS e hijo predilecto de la Iglesia católica. Su mando se asentaba en el terror y en la jerarquización extrema de la sociedad; por todo y para todo siempre estaba el generalísimo, el líder máximo en la cúspide de la gran pirámide del poder político y militar, determinantes, sobre todo, en la década de los años cuarenta y cincuenta. Sólo en la capital madrileña, de 1939 a 1944, atendiendo a procedimientos reglados, se estima que se ejecutaron por el franquismo cerca de tres mil personas. Ya el día dieciséis de abril —la guerra terminó oficialmente el día uno de ese mismo mes— comenzaron los fusilamientos y también el garrote vil. De esa fecha hasta el diecisiete de mayo fueron ejecutadas cuarenta y nueve personas. Apenas dos días después, el diecinueve, se ejecutaron treinta y seis personas; este día, lluvioso, tuvo lugar en la capital de España, el gran desfile de la victoria, presidido por Franco, ante un público entusiasta de cerca de quinientas mil personas. Desfilaron ciento veinte mil militares y se exhibió gran cantidad de material

bélico, durante cerca de cinco horas. Al día siguiente se celebró un Te Deum en la madrileña iglesia de santa Bárbara. Gracias al Altísimo la estadística no recoge en esa fecha ningún fusilamiento ni garrote vil.

Resulta difícil creer que estas ejecuciones, en la primavera de 1939, pudieran ser todas ellas cumplimientos de sentencia tras un proceso reglado, siempre con escasas garantías jurídicas, aunque fuera con carácter urgente, dictadas por tribunales militares. Pero, también en este breve periodo hubo «paseos» después de detenciones en condiciones brutales efectuadas principalmente por la FET y de las JONS, y fundamentalmente causados por resentimientos, venganzas y envidias no resueltas, sin proporcionalidad ni ley de por medio, con crímenes en tapias, cunetas y parques, sin control oficial alguno, que quedaron impunes. Ciertamente estas acciones de corte terrorista ya venían produciéndose en todo el país durante la guerra en las retaguardias de uno y otro bando.

Indudablemente, en ambos territorios, en pueblos y ciudades hubo «ángeles», no sólo fanáticos y asesinos, que desde su posición salvaron de la barbarie a los que la gran mayoría de sus camaradas o correligionarios proclamaban sus enemigos. Socorrieron vidas «enemigas» pues en ningún caso la muerte y sí la vida daba sentido a sus sinceras ideas políticas o sociales. Entre ellos, en la capital de España, el libertario, anarquista de la FAI, Melchor Rodríguez García, que, desde sus puestos, en plena guerra, de delegado de Prisiones y, más tarde, como concejal de Cementerios del ayuntamiento de Madrid, evitó, con permanente riesgo de su propia vida, a miles de «desafectos a la República» —derechistas, católicos, republicanos no frente populistas o falangistas —de una muerte segura. Sin Melchor, los asaltos a las cárceles para nutrir sacas y asesinar presos hubieran aumentado en miles los crímenes en la retaguardia del territorio republicano madrileño. Como concejal, Melchor, en funciones de alcalde de Madrid, entregó —no huyó— la ciudad a las tropas de Franco. Fue detenido y condenado a treinta años de cárcel. A Melchor, le atribuyen la máxima: «se puede morir por los

ideales, pero nunca matar por ellos». Si no pronunció estas palabras nada importa, pues no cabe duda de que las observó y cumplió ampliamente.

Ganadas militarmente por Franco, poco antes del fin de la guerra, Madrid, Cataluña y otras zonas de sudeste español, convirtieron a estos territorios en los objetivos para la inmediata venganza del caudillo, quizás en gran medida por los actos criminales cometidos en esas retaguardias por el Frente Popular, que los hubo en considerable cuantía. Había llegado la paz en la victoria. Entre los candidatos predilectos del régimen franquista para la depuración, la cárcel o la muerte estaban los marxistas, los anarquistas, los socialistas, los republicanos del Frente Popular y los masones, o incluso cualquier ciudadano que preguntado no aclarara convincentemente para los vencedores ¿dónde estaba el 18 de julio de 1936? y ¿cuál fue su actuación durante la guerra?

El marco legal para fundamentar la dura represión en la posguerra fue dispuesto por los franquistas, ya en febrero de 1939, a través de su Ley de Responsabilidades Políticas. La aplicación de la ley se dirigía contra todos aquellos que se hubieran opuesto o se opongan a los «nacionales con actos o pasividad grave» en el periodo de primero de octubre de 1934 al final de la guerra. La jurisdicción militar entendería sobre los delitos de rebelión, adhesión, inducción o excitación a la misma. En el ojo de su ley todos aquellos que desempeñaron cargos directivos o de representación en partidos y organizaciones declaradas fuera de su ley o, simplemente, por haberse significado a su favor, así como también por la pertenencia a la masonería. A finales del año 1939 habían pasado por los campos de concentración y las cárceles cerca de trescientas mil personas, entre militares y civiles. En los primeros meses de 1940, el número de encarcelados alcanzaba el número de doscientos sesenta mil.

Desde el primer día del paso triste de la paz se extiende por la geografía española una obsesión represiva: las cárceles y otros cen-

tros de detención hacinados; las depuraciones de funcionarios; los juicios sumarísimos militares y sus penas de cárcel y de muerte, y la intimidación y humillación callejera ejercitada con crueldad por parte de algunos de los vencedores, principalmente falangistas y tradicionalistas. Una censura feroz actúa sobre todas las expresiones culturales; y, una prensa y radio mediatizadas por Falange, por el gobierno, que día tras día publican consignas y recrean sin pudor el culto al caudillo. Y entretanto, en todo el país: racionamiento, hambre, mercado negro, inanición, altísimo desempleo, enfermedades contagiosas, escasez de habitación (doscientas cincuenta mil viviendas destruidas), plagas y miseria, y más miseria. Esperanza muy poca. Mucha resignación y sacrificio. Pero, el caudillo era «el hombre providencial que Dios había deparado a España», y en miles de paredes y los más diversos rincones de la patria, se topaban los ciudadanos con su retrato y las consignas: «Viva Franco, Arriba España», «Franco manda y España obedece» y, el más atrevido y chocante para el propio lector: «Por el pan, la patria y la justicia».

Al día siguiente de terminar oficialmente la guerra, en el salón de un amplio piso de la calle Hermosilla, en Madrid, los hermanos burgaleses, Beltrán Campo, Federico y Filiberto, revisan carpetas de documentos y queman muchos de ellos en la chimenea.

Federico, es el mayor y vive en Madrid desde hace más de treinta años. Es catedrático, ya jubilado, de derecho mercantil, en la universidad Central; Filiberto, vive en Burgos, y es catedrático de matemáticas de instituto, también retirado.

Desde hace unos años ambos hermanos, junto a sus esposas, pasan juntos las vacaciones de verano en San Lorenzo de El Escorial, en una de las casitas que alquila el Patrimonio Nacional.

Filiberto y su mujer, Carmen, viajaron a Madrid el día 15 de julio de 1936. En la estación les esperaban Federico y su mujer, Rosario. Pensaban descansar un par de días en la capital y marchar a San Lorenzo el día dieciocho, pero todo se truncó por la sublevación militar y la guerra.

Sin vacaciones, y habiendo triunfado el golpe militar de los rebeldes en Burgos, la ciudad acoge la capitalidad de los insurrectos, instalándose allí la Junta de Defensa Nacional. Filiberto y Carmen, ante la insistencia de su hermano se quedaron a vivir en Madrid, en la casa de Federico. En principio, pensaban que el nuevo golpe de los militares era un pronunciamiento más a los que ya nos tienen acostumbrados a los españoles desde el siglo XIX, pero no fue así y sus «vacaciones» se alargaron hasta casi tres años; entre el hambre, la escasez de todo tipo, la tremenda represión en la retaguardia del Frente Popular, los bombardeos de Franco y el terror de los paseos y fusilamientos cometidos impunemente por los que las autoridades republicanas, llaman «incontrolados».

—Este montón de documentos que estoy revisando son masonicos y, algunos de ellos no reparan en nombrarte con rimbombantes títulos y calidades: «Soberano Príncipe Rosa Cruz o Muy Sabio Maestro». A propósito —continuó hablando Filiberto—:

»Nunca, y mira que ya hace tiempo que te afiliaste, salvo algunas referencias, poco me has hablado de tu participación en esta sociedad. Yo, en Burgos, he conocido algún masón, vamos que ellos decían o yo suponía que lo eran; por ejemplo, uno de ellos, el alcalde y más tarde senador y diputado, Ramón de la Cuesta. El último visto, no me cabe duda de que lo es, o lo era, se trata de Julián Peñalver, el director de la Prisión Central. Nos vimos un par de veces en el Círculo de la Unión. Estaba interesado en alquilar el piso de la calle Barrantes, uno de los inmuebles que heredó Carmen de sus padres. Representaba a «una sociedad fraternal que estudiaba principalmente la edad Media» —me recalcó— y allí tendrían su administración, libros...etc., y se reunirían periódicamente. No me lo dijo claro, pero, no sé por qué, lo sospeché. He leído algo sobre vosotros. Por supuesto, escritos de autores solventes, nada de esos panfletos del padre Tusquets, o las entregas de la prensa reaccionaria. Finalmente, se alquiló el piso, pero no dije a Carmen nada de masones, que yo creía, pues seguro que de saberlo hubiera ido con urgencia a confesar con el padre Ontígola. ¡Todo bien! ni

una queja. Espero que pudieran salir de la zorrera que seguro es Burgos. Pero te digo, y soy sincero, por lo que conozco desde fuera que, ciertamente, no veo gran sustancia en tu sociedad masónica.

—Esto último lo dices ¿fijándote en mí o en los presumibles hermanos burgaleses que has podido conocer? —preguntó Federico, al tiempo que sonreía y miraba fijamente a su hermano.

—No, en absoluto. Simplemente creo que, para ser un liberal sincero, amar al prójimo, luchar contra la ignorancia y entregarse a las buenas obras en favor de la humanidad no hace falta reunirse en secreto y reverenciar símbolos y ritualizar historias de un pasado muy lejano —dijo Filiberto.

—¿Te parece poco antiguo el pasado que adoráis los católicos? Preguntó, Federico.

—Creo que no me he explicado bien. Sobre lo de los católicos puede que tengas razón: formamos parte del rebaño de Dios; la Iglesia está jerarquizada desmedidamente; seguimos liturgias y observamos sacramentos; pero, a la luz de la sociedad y pudiendo participar desde el Rey hasta su porquero. El único secreto es el de la confesión. Y no estoy hablando de algunos fieles intolerantes y cerriles, ni de algunos jefes de la Iglesia católica. ¡Bueno, Federico! esto es opinión, puro debate. Cada uno es libre de elegir cómo quiere alimentar su espíritu —expuso Filiberto.

—Así me gusta, hermano. Eres un católico avanzado en este extremista país nuestro; te encuentras entre las pocas excepciones, masones incluidos. Pero, te pido, te ruego querido Filiberto, por tu seguridad y buen nombre social, no repitas a nadie nada de lo que me has dicho hace un momento ni tan siquiera en confesión... ¿de qué te ríes, hermanito? —preguntó Federico.

—Cómo sorteas el tema principal del asunto; cómo bordeas la cuestión con palabras laudatorias dirigidas a tu interlocutor. ¿Qué pasa? A caso no puedes después de más de quince años contar a tu hermano de sangre, sin romper secreto alguno, por supuesto, qué es la masonería y qué piensas tú.

—¡Oye! ¿Y las mujeres?

—Se fueron hace más de media hora a merendar a casa de la hermana de Rosario. No las esperes en unas horas.

—Bien, antes de referir mi historia masónica es importante aclarar que nunca, al menos oficialmente, me preguntaron ni en las entrevistas de aplomación previas a la iniciación, ni en ésta, si era ateo, católico, judío o mormón. De hecho, la gran mayoría, al menos en España, yo mismo, queramos o no, somos católicos; quizás no practicantes, salvo alguna rara excepción de algún hermano que riguroso gestionó su apostasía; técnicamente casi todos mis hermanos sumamos en las estadísticas de bautizados, confirmados y casados por la Iglesia de Roma. Y sólo los hermanos más recalcitrantes, unos pocos, disponen inhumarse en los cementerios civiles. Conozco algunos casos de masones que incluso asisten a la misa dominical y comulgan, aun a sabiendas de que la Iglesia católica no le permite hacerlo, bajo pena de excomunión.

—Esto último es jugar con dos barajas. Un cielo y un «oriente eterno».

—No sé, no sé...—dijo Filiberto, y ambos se rieron con ganas.

—Más seriedad que soy tu hermano mayor, ¡eh! En la universidad Central no era raro conocer a catedráticos o profesores masones. La mayoría lo ocultaban; pero, según la confianza alcanzada, otros lo declaraban. Algunos de estos últimos alardeaban como si fuera una distinción excepcional, no ya solo serlo, sino que les hubieran observado y finalmente cooptado para una organización «universal». Éstos, casi siempre, a continuación de su confesión recitaban una retahíla de nombres de sabios, de grandes políticos y libertadores de pueblos, de militares —solo generales y mariscales—, de filósofos y escritores, todos reconocidos a nivel mundial y todos masones. Por supuesto, sobre bastantes de los citados, no existe fehaciencia alguna sobre su afiliación. Pero no deja de ser una especie de herramienta puramente publicitaria para sobrevalorar la pertenencia a la masonería y el gran poder de esta.

—Bueno, pero con que fueran ciertos la mitad de los nombres utilizados viste bien la cosa. En muchos casinos exclusivos

bastantes nuevos ricos están dispuestos a pagar la más alta cuota de inscripción para ser socio, si le han informado que es el club al que acuden el gobernador, el capitán general, el presidente de la Audiencia y los más ricos comerciantes e industriales de la ciudad. Un centro elitista de sociabilidad entre iguales con muchos negociantes de todo tipo y, en definitiva, un discreto lugar privilegiado de relaciones.

—Puede ser un ejemplo y que algunos busquen esas relaciones y aprovechamiento social, económico y también político; pero, no imagino a un sacerdote católico, a un rabino o a un imán musulmán, recitar cuanto menos miles y miles de nombres de ilustres personajes seguidores de su religión, para atraer fieles a su creencia. Por supuesto, la masonería no es ni podría ser una religión, aun a pesar de su simbología, ritos, joyas y arreos masónicos. Es lo más parecido a una asociación elitista, de ayuda mutua—todo tipo de ayuda—, que siempre ha utilizado su secretismo como importante elemento de captación y de adhesión. En realidad, puro proselitismo, aunque no se acepte por la «orden», con pretensiones de influir poderosamente en lo económico, en lo social y en lo político —y Federico, prosiguió—:

»A estas alturas, visto lo visto, creo que el modelo al que ya en el siglo XVIII (1717) aspiraban en Inglaterra un grupo de caballeros como el pastor presbiterano James Anderson y el filósofo John T. Desaguliers, era crear una sociedad no religiosa, secreta, sí, pues sin secretismo no hay masonería, y seguir un modelo parecido al «papista» en su carácter universal y poderío en lo espiritual y en lo material; estableciendo un corpus filosófico y especulativo —masonería especulativa —,nutriéndose además para mayor empaque de su pensamiento en un modelo gremial conectado intelectualmente no sólo con la Edad Media —masonería operativa— y la construcción de catedrales; la «construcción hombres», sino también con referencias a la civilización judía y al antiguo Egipto. La piedra bruta y la piedra cúbica; el compás, la llana, el nivel, la pirámide y el templo de Salomón. Un sistema en el que caben muchas tradicio-

nes; propiciando, si ha lugar, tramas políticas, eso sí, por detrás de la «orden» (‘libertad, igualdad y fraternidad’), pero en beneficio de ésta. Propalando que la verdad es subjetiva y sosteniendo, incluso, que no hay dogma para la búsqueda de la verdad que, sin duda, entiendo, supone un dogma en si mismo.

—Está bien; ya vale de disquisiciones y háblame del Federico, masón.

—Eres Igual que madre: «cuenta todo ya, todo, o no te creeré». ¡Venga!

Al poco de establecerse la dictadura de Primo de Rivera, en 1924, me iniciaron en la logia Matritense, del Gran Oriente Español. Mi asistencia era irregular, pero dos años más tarde, después de un breve paso por el grado de Compañero, fui exaltado a Maestro masón. Por supuesto, no mezclado con los trabajos masónicos del rito, ya en la sala de los pasos perdidos o en cualquier despacho de las instalaciones era inevitable hablar de Primo de Rivera, de Calvo Sotelo o de los políticos de la oposición. Se producían debates, algunos muy ácidos, que enfrentaban a un hermano contra otro y algunos de esos incidentes dejaban marca y la actitud de los contendientes en la logia, incluso durante los trabajos, flotaba en el ambiente. A nivel individual se establecían relaciones y de estas surgían adhesiones a grupos de masones, a negocios ventajosos o se fraguaban empleos y ascensos en las diferentes carreras funcionariales. Se evaporó mi entusiasmo. Los grados, no pocas veces, no se alcanzaban exclusivamente por crecer en tus conocimientos masónicos o tus cualidades humanas, sino que se conferían a criterio de adhesión por un grupo selecto de hermanos. Me sostenía ya solo la idea de fraternidad masónica, pero también cayó mi idealización cuando comprendí que ésta no podía estar por encima de la justicia.

—¿Y la política qué? Si papá, un conservador canovista recalitrante, y ya no digo mamá, siempre glorificando a su tío Teófilo, deán de la catedral, hubiera imaginado a su hijo mayor como un republicanote, te hubieran enviado de niño a las colonias, a Cuba —ríe con fuerza Filiberto

—Ya; pero, en la vida, sin imaginarlo ni buscarlo suceden cosas. Compañeros de la universidad Central me invitaron a conocer al grupo de intelectuales que conformaban la llamada Acción Republicana, y bastantes tardes nos reuníamos en la botica de Giral o en el Ateneo. Todo se fue desarrollando de una manera fluida y mi implicación fue a mayor. Ya en 1930, era un masón con un grado destacado, el dieciocho del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, la «alta masonería», que dicen. En cuanto a Acción Republicana, ese mismo año se constituyó su primer Comité Nacional, presidido por Manuel Azaña, y mi nombramiento como vocal —relató Federico.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué quieres decir?

—Que parece que todo quedó parado y que medio abandonaste tus inquietudes. Ya en la República, no aceptaste presentarte a ninguna de las elecciones, ni nacionales ni locales, y desde 1934, que Acción Republicana se fusiona con otros partidos republicanos y fundan Izquierda Republicana, no aceptas ningún cargo orgánico. Y también me comentaste que prácticamente ya no ibas por la logia.

—Llegado a un punto, para mi inaceptable políticamente, me decepcionó profundamente. Los primeros desencantos llegaron con la discusión parlamentaria de la Constitución con medios y actitudes políticas marrulleras y fue configurándose una división que anunciaba la pretensión de construir una democracia de caudillos de partido, una partitocracia. Además, el texto constitucional no contemplaba en su totalidad los derechos de todos. En determinados artículos mostraba un sectarismo inaceptable en una carta magna democrática. La República ya desde su primer gobierno no mostró la cara que habían exhibido los republicanos y socialistas durante la monarquía, que ansiaba el pueblo ilusionado del catorce de abril de 1931. No todo era educar también a los hambrientos: «despensa y escuela» —dijo Joaquín Costa—. La economía, la redistribución de la riqueza, las mejoras sociales, se escribían, se reconocían con la

boca pequeña y se chillaban en mítines y conferencias, pero no se implementaban. Todo el país iba cuesta abajo rodando muy rápido los más desfavorecidos socialmente y, mi partido, sus líderes máximos, en vez de atender prioritariamente esas necesidades y ponerse además en medio de los extremos y hacer valer su potencia política y electoral, tomaron la opción de barrer al resto de organizaciones republicanas no afines, olvidarse de su Izquierdismo —burgués— y pactar más adelante para crear un Frente Popular, con socialistas revolucionarios, comunistas e independentistas. ¿Y la masonería española? fundamentalmente los altos grados, enloquecidos y ávidos de poder profano, no supieron, o no quisieron, estar en su sitio. Su intervención partidista y política en la discusión constitucional ya marcaba esta desviación, y en la política de los diferentes gobiernos, alcanzó la «orden» el mayor poder nunca soñado.

—¿Y por qué no te apartaste de ellos? Te conozco bien y me extraña.

—Me aparté totalmente a raíz del acuerdo de la coalición del Frente Popular. Por la logia no iba desde 1933, y pasé al estado que llaman «durmiente»; interrumpí mi asistencia a los trabajos, sin dejar de pagar la cuota a mi logia —Federico, en tono excitado, prosiguió—:

»Unos dos meses antes de la guerra escribí la carta de baja del partido, y fui a entregarla a la agrupación de Madrid, y me encontré allí con Régulo, un buen y honesto correligionario al que comenté el objeto de mi visita. Régulo, muy afectado por mi decisión me aconsejó que «dado lo que sucede, la violencia desatada y la que está por venir, estarías más protegido, al menos en Madrid, perteneciendo al partido». Me dio miedo, Filiberto, y ahora después de casi tres años de guerra, vuelve a lo grande ese miedo. No descarto que un día de estos vengan los militares o los falangistas a por mí.

Durante la Segunda República, en España hay principalmente dos obediencias masónicas, el Gran Oriente Español, mayoritaria,

y la Gran Logia Española. En 1931, el número total de logias ascienden a ciento cuarenta y una, y el número aproximado de masones en España suman 2.400. En 1933, el número de logias alcanza las doscientas veinte. Al iniciarse la Guerra Civil el número total de masones en España no superan los 5.000.

La intervención en política de estas obediencias masónicas, directa o indirectamente, fue intensa ya desde antes de las elecciones municipales de 1931, que trajeron la República. Su implicación sin recato aumentó rápida y desmedidamente con la llegada del primer gobierno provisional, no cejando y llegando incluso a imponer su voluntad. Algo de esto debió suceder con la inesperada iniciación en la logia La Matritense, del Gran Oriente Español, de Manuel Azaña, el día dos de marzo de 1932. No se conocen bien las razones concretas, pero lo más probable es que formaran parte de una operación política, que obligaba a un presidente del Gobierno español, tan soberbio como el alcaíno, a someterse a una afiliación masónica que no deseaba. Esto último queda claro, y así lo recoge el propio Azaña en sus Memorias, día 5 de marzo de 1932: «En la ceremonia del miércoles [día 2 de marzo], enorme concurrencia. [...]. No me importó nada aquello, y durante los preliminares estuve tentado de marcharme».

La Logia madrileña, La Unión nº. 9, influyente y respetada masónicamente, perteneciente al Gran Oriente Español, y más tarde a la Gran Logia de España, editó con periodicidad anual, entre los años 1932 a 1934, una excelente revista masónica, titulada Latomía. En su volumen I, año 1932, justifican con las siguientes palabras la aparición de esta: «La República ha creado en España a los francmasones un grave problema de orientación. La política partidista tiende a penetrar a los Talleres y la historia y nuestros precedentes nos enseñan las fatales consecuencias que puede producir en nuestra Orden tan nefasta intromisión. [...] los Talleres deben entrar de lleno en la vida pura, espiritual y de fraternidad que es el gran molde de nuestra institución».

—A ver, Filiberto, traigo aquí los restos de la botella de coñac. Toma un culín —anunció Federico al tiempo que daba a su hermano una copa.

—Desde luego, nadie como tú sabe comprar a su auditorio. ¡Coñac! Brindemos —chocaron sus copas y después de beber un chupito, continuó hablando Filiberto:

»Quítate de la cabeza esa historia de que vendrán a por ti. ¿Por qué? Tú no has hecho mal a nadie y, además, de llevarte, declararás y en unas pocas horas estarás de vuelta.

—Desde los primeros meses de la guerra, ¿lo recuerdas? las noticias sobre la masonería que venían de la zona rebelde eran terribles: los masones de los territorios ocupados por Franco eran detenidos e inmediatamente fusilados. Asesinaron a todos los hermanos de un buen número de logias: Salamanca, Zaragoza, Valladolid, Zamora, Logroño, Ceuta, Melilla y otras tantas en Andalucía y Galicia. Ahora estarán matando masones en Cataluña, Levante y, no pararán. La siguiente, si no han empezado ya, es Madrid —Federico apuró su copa de coñac, y cogiendo la mano de su hermano, con semblante triste y emocionado continuó hablando:

»Filiberto, de esto que hablamos, ni una palabra a las chicas. Te pido que protejas y ayudes a Rosario.

—¡Siempre!, Federico. Pero, algo me dice, que no te pasará nada. Venga, alegre esa cara, y sigamos quemando estos malditos papeles.

Desde el fondo del pasillo, una voz les advierte: «¡chicos! ya estamos en casa, en seguida preparamos la cena».

Mediado el mes de junio de 1939, llamaron con insistencia a la puerta. Filiberto, temeroso, abrió y sin más entraron en el recibidor cuatro hombres: dos uniformados de militares y el resto de paisano. El teniente, preguntó:

—Es usted Federico Beltrán Campo.

—Es mi hermano.

—Yo soy Federico, ¿qué desean?

—Debe acompañarnos, para declarar.

—No entiendo, nada.

—Sí, estoy seguro de que lo entiende todo. Coja una prenda de abrigo y acompañenos a mí y al soldado. Los otros dos compañeros llevarán a cabo un registro de la vivienda.

—¿A dónde lo llevan? —preguntó Rosario

—Al cuartel del Conde Duque. Pero no se molesten, no se permiten visitas. Cualquier cosa se la comunicaremos a ustedes.

El registro fue minucioso. Revolvieron por toda la casa revisando armarios, cómodas, cajones de vitrinas y mesillas de noche. Descolgaron cuadros y levantaron completamente toda la cocina, el salón y el despacho; en este último, escudriñando todos y cada uno de los libros. Recogieron algunos volúmenes, fotos y unos pocos documentos que guardaron en un saco blanco y se fueron sin despedirse ni disponer cosa alguna.

La familia esperó en casa el regreso de Federico, y para gran desánimo de los tres, ya cerca de la medianoche, Rosario, dispuso que a primera hora de mañana visitaría al compañero y amigo de Federico, Luis Calanda, para pedirle que intentará averiguar algo.

Luis Calanda, recibió a Filiberto y Rosario. Esta última informó con todo detalle sobre la detención de Federico y el registro realizado. Luis, escuchó con la mayor atención, en tanto su semblante mostraba una creciente preocupación.

—Ya veo que no atendió mi consejo. A finales del pasado mes de marzo vino a verme. Estaba preocupado por la entrada de las tropas de Franco en Madrid, que podía suponer un riesgo para él. Federico es mi amigo y compañero; él con su republicanismo y su masonismo y yo con mi conservadurismo monárquico y mi catolicismo. Nos respetábamos y tanto él como yo sabíamos que ambos éramos sinceros en nuestras creencias. Al poco de empezar la guerra, unos compañeros me denunciaron ante el rectorado por desafecto al régimen republicano. Enterado Federico, habló con el Rector en mi favor y argumentó que me conocía, que éramos amigos y que si era preciso me avalaría garantizando mi compromi-

so con el sistema democrático; cosa ésta, cierta —recalcó Luis—. Todo quedó olvidado. Se suspendieron las clases en la facultad y pasó la guerra. Conozco la difícil situación de Federico, más que por su republicanismo, por su condición de masón, y de alto grado. Ya en los primeros meses de la guerra, en los territorios rebeldes, sin previo juicio, fueron asesinados cientos de masones, en tanto artículos de la prensa falangista, consideraban que la pertenencia a la masonería era un «delito de lesa patria». En esta locura se llegó incluso a profanar, en Huesca, las sepulturas de masones, incluida la del militar, capitán Fermín Galán. Hoy, esta situación...

Rosario, que hasta ese momento escuchaba el relato con gran entereza, rompió a llorar. Luis, se levantó inmediatamente y salió, volviendo poco después con una bandeja con agua y unas tazas de té. Poco a poco, Rosario, se repuso y más tranquila se disculpó.

—Cuanto siento señora tener que hablar de todo esto, pero creo que deben estar perfectamente informados de la situación —Rosario, asintió con la cabeza—. Luis, prosiguió:

»En febrero de 1939, preparando la paz, y la represión, se aprobó la Ley de Responsabilidades Políticas, por la que incurren en delito no sólo los integrantes de partidos u organizaciones fuera de la ley, sino también los miembros de «todas las logias masónicas». Cuando estuvo aquí le aconsejé que, junto a usted, Rosario, salieran discretamente de Madrid, rumbo a Barcelona y de allí a Francia. Me extrañó que no viniese a despedirse, pero ahora entiendo que su idea era otra. ¿Dónde lo han llevado? —preguntó Luis a los presentes.

—Nos dijo el teniente que al cuartel del Conde Duque, pero que no está permitido visitarle —respondió Filiberto.

—Bueno, vamos a hacer cosas. Voy a hablar con un familiar, militar de alta graduación, para ver si puede informarme sobre los cargos contra Federico, y poder visitarle, aunque sea unos minutos. También contactaré con algunos viejos políticos monárquicos, así como con los compañeros de la facultad que estén en Madrid, y en condiciones de echar una mano. Ustedes hablen con sus familias y

amigos, para que ellos o sus contactos puedan ayudar a Federico. Solo con la ayuda activa de gente solvente integrada en el ejército, en la Iglesia, en la política conservadora o franquista, podremos ayudar a Federico. Bien, Rosario, Filiberto, estamos en contacto.

La casa se venía encima de Filiberto. ¿Cómo ayudar a Federico? Pensó en algunos amigos y conocidos de Burgos. Contactaría con el director del instituto; con Ramón y Manuel de la Cuesta y con César Giménez. A este último, amigo de muchos años, le escribiría dándole cuenta más detallada y abierta sobre el problema de su hermano.

Por su lado, Rosario y Carmen, se ocuparon todas las tardes de los siguientes días en «hacer visitas» a familiares y amigos. Unos y otros le deseaban lo mejor, pero consideraban que era un tema muy delicado y «muy perseguido por el caudillo». Gabriel, hermano de Rosario, fue incluso más allá: «Nunca me confesó que era un masón. Todo este tiempo hemos estado poniéndonos en riesgo por su condición antiespañola. ¡Veremos! si ahora no nos pasa factura a los demás». En última instancia, la mujer de Federico, después de confesarse, habló con el padre don Germán. Este, con el rostro demudado, blanco como la harina, dijo que él era un pobre párroco de una pequeña iglesia, y no tenía influencia ninguna, para «un asunto tan feo», y se despidió rápidamente, echando a andar, mientras decía muy bajito, para sí: «así siempre vi a esta mujer sola o con otras mujeres. Pensé que era viuda».

César Giménez, el amigo íntimo de Filiberto contestó a su carta a vuelta de correo. Primero mostraba su alegría por tener noticias de él, «pues a veces los malos pensamientos me decían que quizás ya no estarías en esta vida». El segundo párrafo de César era de rabia y crítica a Filiberto: «entiendo todas las dificultades impuestas por la guerra, pero, al menos, podías haber intentado contactar por teléfono conmigo, incluso llamando a la delegación de Hacienda. ¡Bueno! Ya todo está hecho, y vas a volver a Burgos, ¿no?» En su tercer párrafo, César, trata sobre la muy difícil situación de Federi-

co, lamentándose de no poder ayudarle, pues, sí conocía a algunos personajes importantes y con la entereza probada para implicarse en su favor, pero desde el inicio de la guerra ya no pasean por las calles de Burgos, y «dos de ellos, aún peor, pues de caminar ya no lo hacen en este mundo». Y a continuación escribía, César: «Tampoco es bueno lo último de lo que voy a informarte. Conocía que, como otros años, fuisteis a Madrid a pasar el veraneo con tu hermano y su mujer, y que todo se desbarató por la guerra y que os visteis obligados a quedaros en Madrid. Entretanto, aquí pasaron muchas cosas malas. Hicieron desaparecer a tus inquilinos de la calle Barrantes. Desde poco después de aquello, allí vive un funcionario de la Junta Técnica, de Franco. También, un vecino de tu casa vino a verme a la delegación, en la primavera 1937, y me contó que la policía fue a buscarte. Al día siguiente el Servicio de Información y de Investigación de la Falange, realizó un registro. Unas semanas después dos furgones estuvieron en tu casa casi toda la mañana y sacaron numerosas cajas, algunos muebles y, embalados, cuadros y otros objetos, distribuyéndolos en ambos vehículos. La casa, hoy, no la ocupa nadie. Estuve indagando y, parece ser, que te buscan por masón, no tanto, por haber alquilado el piso de la calle Barrantes, sino porque pesa sobre ti una denuncia de pertenencia a la masonería, según la declaración jurada de uno de los masones detenidos; no te veo en esas cosas, por lo que es de suponer que con su falsa declaración ese mal nacido y cobarde quería conservar su vida, aun poniendo en riesgo la tuya. Créeme estoy feliz por saberte vivo, pero me embarga una gran preocupación por tu situación. No sé qué decirte, si vuelvas o que escapes fuera de nuestro desgraciado país. Eso sí, no te perdonaría si no me escribieras a menudo. Saludos a Carmen, y para ti un fuerte, fuerte, abrazo».

Filiberto, está sentado y como paralizado con la palma de la mano sosteniendo su barbilla y la mirada perdida hacia el techo. Entra Carmen en el salón y se detiene al ver a su marido.

—¿Qué pasa, Filiberto, malas noticias de César?

—No, no cariño. Nostalgia. Estaba imaginando como estará Burgos. Echo de menos nuestra casa, nuestros amigos y la ciudad. Pronto volveremos.

—Claro. En cuanto se solucione lo de Federico, volveremos a la normalidad. Pero, ahora vamos al despacho. Ha venido Luis Calanda. Venga, que nos esperan.

Luis Calanda, sentado en el sofá, está tenso y muestra un gesto serio. Le saluda Filiberto, al tiempo que entra Rosario con una bandeja para servir café.

—He podido ver a Federico. Me concedieron diez minutos. Está bien físicamente, pero algo bajo de ánimo, lo que es lógico. Les envía muchos besos. Mañana le trasladan a la cárcel de Porlier, y me han asegurado que en unos pocos días podrá visitarle Rosario, nadie más —dijo Luis, que miró uno a uno a los presentes, y volvió a tomar la palabra:

»La situación es muy grave en los tiempos que vivimos. Le han acusado formalmente de pertenencia al partido Izquierda Republicana y de pertenencia a la masonería. Respecto a la primera acusación esta puede limitarse a exclusiva afiliación, pues no ha tenido ningún cargo orgánico ni institucional después de 1933. Lo más preocupante interesa a su afiliación a la masonería, que se mantiene activa, técnicamente para ellos; al grado alcanzado y a los puestos ocupados en su momento, aun cuando todos estos últimos lo fueron antes de la creación del Frente Popular y de la Guerra Civil. El grado masónico, dieciocho, Rito Escocés Antiguo y Aceptado, alcanzado por Federico, argumenta la acusación de que es muestra incuestionable de su fuerte compromiso con la masonería por parte de él, así como también igualmente acredita una especial confianza de la «Orden» en Federico. Se ha abierto ya la causa por la justicia militar y en breve se celebrará el juicio con carácter sumarísimo y urgente.

—Yo he hablado con todo aquel con que he podido hacerlo, y nada he obtenido. En mi familia, unos me lo han dicho claramente, otros no, aunque lo piensan, temen que pueda perjudicarnos a todos —dijo Rosario, angustiada.

—Hoy he recibido carta de Burgos y las noticias no pueden ser peores —señaló Filiberto.

—Efectivamente, es muy difícil. Nadie consultado por mí desea mezclarse en un asunto que guarda relación con pertenencia a la masonería y menos con uno de sus miembros más reconocidos por la organización misma, pues no sería extraño, ha ocurrido y ocurrirá, que la psicosis antimasónica que padecen altísimos mandatarios del régimen lleven a sospechar que quien declara en favor o muestra interés buscando indulgencia para un masón, él también lo sea —dijo Luis Calanda, mientras Filiberto, asentía enérgicamente con su cabeza.

Filiberto, no ha contado nada a Carmen sobre la acusación que pesa sobre él, en Burgos. Sí le ha dicho que los inquilinos de la calle Barrantes, dejaron el piso y que le ha dicho César que hoy lo ocupa un funcionario. También transmite a Carmen que, siguiendo órdenes del gobierno de Franco, se retiraron hace tiempo a unos almacenes oficiales los cuadros y objetos de arte que estaban en casa, quizás por precaución. No hay problema, y en cuanto lleguemos a Burgos, se pone todo en orden. No hay que preocuparse.

Habían pasado más de dos meses desde la última visita de Luis Calanda, cuando por medio de éste la familia de Federico, supo que hacía unos días se celebró el juicio contra él, y otros quince encausados más, todos ellos masones. Conforme al procedimiento se presentaron declaraciones, informes de investigación policial y atestados. El fiscal, finalmente, solicitó al tribunal, por el delito de «rebelión consumada», la pena de muerte para Federico. Un letrado militar, representando a los encausados, como único acto de defensa, solicitó la magnanimidad del tribunal para aquellas condenas que pudieran ser de pena de muerte.

Pocas semanas después el tribunal dictó sentencia de pena de muerte para Federico, al igual que para la gran mayoría de los encausados. Ya se había recibido también el oficio de S.E. El jefe del Estado, Francisco Franco, comunicando que se daba «por enterado» de la pena de muerte dictada. El jueves 14 de diciembre de 1939, en Madrid, se fusiló a Federico.

Luis Calanda, reclamó el cadáver en nombre de la familia y el tribunal puso objeciones que, afortunadamente, pudo salvar tras gestiones en el obispado de Madrid, en concreto con el Vicario General, pariente suyo —«La familia no es culpable de nada»—, que intervino y allanó que se entregase el cadáver a la familia, eso sí, procediéndose de inmediato a la inhumación en cementerio civil, en ningún caso católico.

La muerte de Federico —¡asesinato, asesinato! decía furioso Filiberto, mientras golpeaba con el puño, repetidas veces, la palma de su otra mano— destrozó el ánimo de la familia. Rosario, en todo momento, estaba acompañada por Carmen. Franco pasó las primeras navidades de la paz, ya en Madrid. Marchó de Burgos el 18 de octubre, y algunos burgaleses sintieron que se habían quitado un gran peso de encima.

